

Carlos de Baraibar

En torno a las novelas de Unamuno

Especial para «Atenea».



Levocar, recientemente, algunos recuerdos personales de la vida cotidiana de D. Miguel de Unamuno, subrayamos con extraordinaria complacencia el creciente interés que sus obras y sus ideas estaban despertando en el extranjero. Como hemos comprobado, después, no es menor el afán que por unas y otras se experimenta en Chile, lo que—dicho sea de pasada—habría agradado mucho a D. Miguel, que dedicaba especialísima atención a este país, y no sólo por el hecho de considerarlo, como la Compañía de Jesús, creación en buena parte de su propia gente vasca. En vista de ello, vamos a referirnos hoy a algunos de los más recientes y considerables análisis suscitados por la obra unamuniana, con la esperanza de que nuestras modestas consideraciones contribuyan a avivar más y más aquí el recuerdo de tan extraordinaria figura.

Aunque nunca se nos ocurrió agotar el tema, creemos haber conocido casi todo lo que en torno a Unamuno se ha escrito durante los últimos años, hasta el sugestivo prólogo de Jean Babelon a la primera edición de la traducción francesa de la «Vida de D. Quijote y Sancho Panza» (1) primorosamente hecha por el mismo distinguido cervantista galo, de que nos acabamos de ocupar con cierta detención en «El Mercurio». Y para honra de las letras españolas, estimamos que puede afirmarse, sin temor a errar, que lo mejor que se ha hecho sobre el particular es debido a escritores españoles de la joven generación. Concretamente, hay tres obras que no deberían ignorar cuantos deseen calar hondo en la significación del llorado maestro: «Miguel de Unamuno», de Julián Marías (2); «Unamuno», de José Ferrater Mora (3) y la parte de «La aventura y el orden», de Guillermo de Torre (4) consagrada a D. Miguel y su diálogo con «Clarín» y con Ortega y Gasset, el otro valor culminante de la cultura española contemporánea. Por razones que pasamos a explicar, no vamos a referirnos hoy más que a la obra del primero, que constituye una ad-

(1) Jean Babelon.—«La Vie de Don Quichotte et de Sancho Pança d'après Miguel de Cervantes Saavedra». Ed. Tallone, Paris.

(2) Julián Marías.—«Miguel de Unamuno». Ed. Espasa-Calpe, S. A., Madrid.

(3) José Ferrater Mora.—«Unamuno. Bosquejo de una Filosofía»,—Ed. Losada, S. A., Buenos Aires.

(4) Guillermo de Torre.—«La aventura y el orden». Ed. Losada, S. A., Buenos Aires.

mirable revisión filosófica del pensamiento de D. Miguel, aunque no sea nuestro propósito precisar su significación desde tal ángulo, dada nuestra incompetencia al respecto. En tal caso, también habrá sido inexcusable referirse a la de Ferrater, que él mismo subtitula «bosquejo de una filosofía». En cuanto a la significación de los ensayos de Guillermo de Torre, aunque con la agudeza y conocimiento del tema tan habituales en él, no constituyen un esfuerzo de análisis sistematizado como los trabajos de Marías y Ferrater, sino feliz recopilación de una serie de ensayos suscitados al correr del tiempo, por temas de amplia heterogeneidad.

El motivo concreto de querer reducirnos hoy al notable estudio de Juan Marías es el siguiente: Hasta ahora, ha solido ser un lugar común afirmar que las dos obras capitales de Unamuno eran la «Vida de D. Quijote y Sancho» y «Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», como si el resto de las suyas—ensayos, novelas y poesías, sobre todo—no contaran, o poco menos. Incluso verdaderos amantes de la honda significación de D. Miguel en la vida española contemporánea, han solido mostrarse más bien despectivos con su poesía y su teatro, negándoles auténtica significación de tales. Y no digamos con sus artículos y discursos—incluyendo entre éstos muchos de sus monólogos—«monodiálogos», como habría dicho él—de la vida cotidiana. Sin embargo, todas y cada una de estas piezas anatómicas del magno cuerpo de la obra unamuniana tienen, en lo más entrañable,

un solo aliento vital, indispensable para comprender el hondo valor humano, «del hombre de carne y hueso», que el maestro quería fuera conocido en cada caso, sin poderse menospreciar en rigor ninguna de ellas, como no se podría prescindir ni de un meñique para la exacta apreciación de cualquier especie zoológica que los tenga.

A mayor abundamiento, las novelas y los poemas de Unamuno constituyen—por su masa y calidad—un conjunto que es imposible desdeñar para hacerse cargo del desarrollo—mejor que la evolución—del pensamiento de aquél. Por lo mismo, fué para nosotros de gran satisfacción ver a alguien—tan rigurosamente preparado y metódico en su modo de trabajar—acudir preferentemente a la novelística unamuniana para valorar a nuestro autor desde el punto de vista más eminente del pensamiento, es decir, del filosófico. Es notorio, pues, que—como creíamos—las novelas de Unamuno no son, para Julián Marías, simples «nivolas», como no pocos imaginan, al no calar en la sutil expresión más allá de lo que el juego de palabras puede tener como chuscada simple, conformándose con imaginar que «nivola» equivale a novelilla de escasa monta. Personalmente—aunque importe poco—la comprobación nos satisfizo por dos diferentes razones: la primera, en cuanto a las novelas, porque tal vez por un disculpable complejo—que ya explicaremos después—durante algunos años las habíamos considerado también poco menos que como «pecadillos veniales» de nuestro catedrático de «Historia de la Lengua». En cuanto a

los versos, porque estando literalmente enamorados de ellos desde los quince años—y ha llovido otros cuarenta . . .—apenas si hemos visto a nadie tomarlos por otra cosa que por alambicadas expresiones de verdaderos rompecabezas «lógicos». ¡Qué monstruoso es tal error!

* * *

Hemos tenido el honor de asistir «en su cuna», como quien dice, al nacimiento de la gran época de novelística unamuniana. Fué al comienzo de la que aún suele llamarse «gran guerra», aunque la otra—la que casi acabamos de pasar—tanto la haya superado en gravedad y en horror. D. Miguel estaba consagrado ya por la «Vida del Quijote» (1905)—de la que preparaba la segunda edición para Renacimiento—y por el «Sentimiento trágico», recientemente editado por la misma Casa. Preparaba, asimismo, la linda reedición de sus «Ensayos» que hizo la Residencia de Estudiantes, y había terminado una primera versión del grandioso poema «El Cristo de Velázquez». Paralelamente, acababa de realizar una fogosa campaña «subversiva» por el campo de Salamanca, comúnmente acompañado por el entonces «joven» profesor de Derecho Tomás Elorieta; se había dejado elegir miembro de la Junta Municipal o el Ayuntamiento de Salamanca, por los obreros—especialmente por los ferroviarios, que le adoraban—; pronunciaba furibundos

«monólogos» en el Casino, contra la mesocracia ganadera salmantina, en tren de elevarse a aristocracia plutocrática; escribía sus colaboraciones semanales para «Nuevo Mundo», de Madrid, «La Nación», de Buenos Aires y algún otro periódico o revista, y desempeñaba con impecable asiduidad y entusiasmo sus cátedras de Lengua y literatura griega e Historia de la Lengua española. Agreguemos una envidiable vocación epistolar, que lo llevaba a escribir largas y sabrosísimas cartas, planteando en ellas también los más agudos problemas; una pasión incontenible por las grandes paseatas, en manera alguna incompatible con un discreto cultivo del españolísimo hábito de la tertulia de café; la «obligación» de recibir a los infinitos turistas—de mayor o menor calidad intelectual, pero no pocos sobresalientes—de paso por Salamanca o especialmente llegados para ver al «oso blanco», como él solía decir, más bien halagado a veces; y, por encima de todo, una insaciable curiosidad intelectual que le llevaba a leer sin tasa, sobre la base de la infinidad de libros que recibía de todo el mundo, en una docena de idiomas, además de los propios—castellano y euskera—: portugués, catalán, francés, inglés, alemán, danés, griego, latín, árabe, hebreo, arameo... Y el lector se preguntará ¿cómo es posible atender a tal cantidad de quehaceres y devociones? Pero D. Miguel tenía una extraordinaria vitalidad, una facilidad de asimilación sólo comparable a su retentiva, y una vida tan metódicamente organizada como ascética—a pesar de tanta

variación—que jamás sentía la menor avaricia para dialogar o más bien «monodialogar», si el antagonista era versado—o de su especial agrado—y suficientemente audaz para dualizar el «autodiálogo». Que no era empresa tan fácil...

Desde luego, no es rigurosamente cierto que Unamuno hiciera entonces—alrededor de 1914—sus primeras armas en la novela. «Paz en la guerra» es de 1897, o sea sólo dos años después de los primeros ensayos de la serie «En torno al casticismo» con que en realidad se dió a conocer en la entonces muy acreditada revista «La España Nueva», y «Amor y Pedagogía» es de 1902, es decir, entre diez y doce años antes de la serie de novelas más auténticamente unamunescas, que empieza a culminar en «Niebla»—primera «nivola» de D. Miguel—y llega a la perfección en «San Manuel Bueno y mártir» y «El hermano Juan o el mundo es teatro», próximas ya a su fallecimiento (diciembre de 1936) puesto que son, respectivamente, de 1933 y 1934. Pero la aseveración podría mantenerse en rigor, por la marcada heterogeneidad entre aquellas dos primeras y el bloque, tan compacto como original y substancioso, de las demás novelas y «nivolas» de D. Miguel. Nadie lo ha aclarado mejor que Julián Marías en la precitada obra, al calar acaso más hondo aún que el propio Unamuno en lo que ya él mismo había querido hacer y aclarar. El verdadero personaje de «Paz en la guerra» es el pueblo de Bilbao, «con su paisaje y dibujo y colorido de tiempo

y de lugar», como dijo D. Miguel, es decir—como precisa Mariás—«la gente, el cualquiera, y está definido por su convivir en un mundo común». Y es en esa vida cotidiana y común donde el auténtico protagonista colectivo se realiza en paz—que es su libertad de ser—encontrándose pues así la paz en la guerra, es decir, su paz interior en medio del estrépito de los actos externos que, incluso en una guerra, sólo afectan a «la piel de su alma».

Después, en «Amor y Pedagogía» Unamuno—como dice en el prólogo escrito para la segunda edición de 1934, en pleno auge ya de sus mejores novelas—prescinde del «realismo» de las descripciones, para dejarnos el relato desnudo. O, como opina Mariás, se «desentiende ya aquí de un mundo exterior» que a lo sumo se entrevé muy al fondo, mientras que los protagonistas «se individualizan». Y aquí hace el comentarista una de sus más sagaces y admirables precisiones en torno a la significación de la obra de Unamuno, al advertir «pero no nos engañemos: en modo alguno es un «progreso» hacia el conocimiento real de la vida. «Paz en la guerra» nos pone en contacto inmediato con una dimensión esencial de la vida, si bien no la radical; «Amor y Pedagogía», en cambio, nos introduce en un ambiente vital individualizado, pero rigurosamente «in-auténtico». Después de la vida cotidiana, Unamuno nos muestra la vida in-auténtica, hueco de sí misma, y su inevitable inanidad: su fracaso. Y desde ese fracaso, y desde esa vuelta a sí mismo que la

ficción desvanecida impone, va Unamuno a abordar, paso a paso, las dimensiones auténticas de la vida personal». La cita es larga, pero vale la pena por constituir una síntesis insuperable, a nuestro juicio.

Entre estas dos primeras novelas y la serie de la época en que Unamuno cultivó asiduamente el género, desarrollando la interesantísima línea que veremos después, al volver al libro de Julián Mariás, Unamuno escribió varias novelas breves para la publicación semanal «La novela corta», si la memoria no nos es infiel. De antiestética presentación y deleznable papel, aquella fórmula editorial hizo, sin embargo, cierta labor cultural al poner en manos de mucha gente de escasísima capacidad adquisitiva, obras de excepcional importancia literaria muchas de ellas. Unamuno se dejó querer—como otros muchos—porque el gran tiraje y la baratura de la impresión permitían pagar algo más de lo corriente, a pesar de que, como los diarios, aquellas novelas empezaron vendiéndose a cinco céntimos de peseta. ¡Eterna lucha del escritor español con la sordidez del ambiente!

Entre las novelas que Unamuno publicó así, figuró «Nada menos que todo un hombre», escenificada después con gran éxito por Julio de Hoyos y excelentemente puesta en escena por Ernesto Vilches, con el título «Todo un hombre». Por cierto que es curiosísimo lo que nos ha sucedido al evocar este recuerdo, cortando la referencia del imponderable libro de Ma-

rias. Vale la pena decirlo, y tal vez no sólo por su valor anecdótico.

Hasta ahora, estábamos completamente seguros de que «Nada menos que todo un hombre» nos habría servido—juntamente con «El Cristo de Velázquez»—para conocer más a fondo que en ninguna otra oportunidad la compleja y arrolladora personalidad de D. Miguel. Recientemente contamos cómo un día—probablemente en diciembre del año 1913—en vez de enseñarnos la «fuerte» catedral romántica de Salamanca, D. Miguel nos recitó casi todo su famoso y gran poema, ante el empavoreedor Cristo con el que el obispo D. Jimeno—el del Cid—entraba a pelear en las batallas en que alboreaba Castilla. (Por cierto: ¿por qué sintiéndose literalmente fascinado por los viejos y terribles Cristos ibéricos—«africanos»—habría de ser el de Velázquez el que le inspiró el admirable poema?). Seguramente, el ambiente arrastró inicialmente aquel día a D. Miguel, complicándose después con su deseo de experimentar en nosotros ciertos efectos: a la sazón le preocupaba mucho la que entendía excesiva coincidencia, en el poema, del «fin de un pensamiento, con el fin de un verso y el de una estrofa», como él mismo dijo luego multiplicando el número de ejemplos y variantes con su inaudita memoria. Y, para remediarlo, se enfrascó en benedictina tarea de «desacaballar» tales pasajes, en frase a la que acompañó un gráfico gesto de desarticulación, con aquellas manos que había hecho tan maravillosamente expresivas el hábito de

amasar bolas de miga de pan o de plegar y desplegar hojas de papel «de barba», hasta el infinito, para crear la más extraordinaria gama de fantásticas bestiolas. Aquel día empecé a comprender cuán absorbente era, hasta lo adorablemente insoportable, por gracia de su personalidad en verdad única.

La otra experiencia debió ser en pleno invierno de 1913-1914, un día tan desapacible que terminó en aguanieve. Unamuno almorzaba temprano e inmediatamente salía de su casa para tomar café con un grupo de amigos, a la sazón en el Casino. Y tras de media a una hora de charlas—o de chismorrear a veces—no había poder humano que le privara de una buena caminata, de cinco a ocho kilómetros, casi siempre por la carretera de Zamora. Aquel día, por lo desapacible—no hubo más que dos «voluntarios»: José María de Cosío y yo, que le acompañaba siempre, literalmente fascinado y deseoso también—«por atún y a ver al Duque»...—de librarme de la clase de árabe, cuyo profesor, D. Pascual Meneu, tan pintoresco como competente y bueno, «creía» tan fanáticamente en «el Maestro» que siendo exigentísimo con la asistencia a clase me dispensaba de ella, por acompañar a pasear a D. Miguel. A tal propósito era divertidísimo el pequeño drama que se desarrollaba a diario. Por lo común, salíamos con Unamuno el profesor de Teoría del Arte, Angel Apraiz, D. Pascual, un poeta salmantino llamado Cividanes—de la escuela de Gabriel y Galán, nada estimada por D. Miguel—y yo. Al lle

gar al kilómetro dos o tres, los demás volvían. Y D. Pascual, que comenzaba su clase a las tres, se quedaba vacilante, torturado por la necesidad de separarse para llegar puntualmente a su propia clase, hasta que invariablemente nos decía en voz confidencial y visiblemente turbado: «acompañe usted al Maestro». Y se volvía a grandes zancadas, hacia la histórica Universidad.

Aquella misma mañana D. Miguel había terminado su novela, que llevaba en el bolsillo, preparada para depositarla en el correo, rumbo a Madrid. Pero —como siempre—no podía resistir la tentación de «experimentar» el efecto de alguna buena paradoja en el primer «conejillo de Indias» que le mereciera cierta confianza o estimación. José María de Cossío era tal vez el estudiante de más cultura literaria que yo he conocido nunca. En cuanto a mí, era notoria la «debilidad» experimentada por Unamuno. En consecuencia, después de algunos rodeos, en cierto modo de disculpa y preparación del «ambiente», D. Miguel empezó a leernos el manuscrito, sin dejar de andar, con su voz, de matices sordos a veces, de sugestión incomparable. Paulatinamente se fué encapotando el cielo y, no sé cómo, llegamos a encontrarnos los tres, protegidos por un gran paraguas, apretados en medio de la carretera, mientras el aguanieve arreciaba de lo lindo. Y así siguió la lectura hasta que terminó el manuscrito, sin darnos cuenta de nada, en medio de la emoción... Ahora bien: hasta el presente momento, siempre creí

que lo que D. Miguel nos leyó fué «Nada menos que todo un hombre». Pero ahora vacilo, en tanto que la escena ha quedado grabada hasta en sus más pequeños rasgos emocionales. Es curioso y más que sólo curioso... La pura acción de D. Miguel—del D. Miguel de «carne y hueso»—y de quienes le acompañábamos, sin más detalle ambiental que el aguanieve, prevalece sobre todo lo demás: paisaje, ideas, molestias... que las habría, dado el crudo temporal. Como en las «nivolas» del maestro... Es una demostración—que no habría desdeñado él—de que sus teorías sobre los entes de ficción no eran mera pirotecnia verbalista. ¡Y cómo lo ha comprendido Julián Marías, a quien volvemos así...!

Marías, al valorar las novelas de Unamuno—tras concienzudo análisis de cada una de las principales, en su brillante revisión del pensamiento filosófico de aquél—llega a una espléndida síntesis, que pasamos a glosar. Desde la vida cotidiana «colectiva», que sondeó en «Paz en la guerra», Unamuno va pasando a la individualidad abstracta, fundada en ideas («Amor y Pedagogía»); luego, abandonando los asideros históricos e ideológicos afirma la realidad de ficción como tal, y crea personajes que van adquiriendo personalidad; hasta tal extremo que los descarna, los desnuda y, con evidente error, los aísla: «Abel Sánchez» o «Nada menos que todo un hombre» son los ejemplos extremos de ello; por último, siente la insuficiencia del hombre aislado, su irrealidad fundamental, y vuelve a la con-

vivencia . . . Es la persona en su mundo—como en «La Tía Tula»—en un mundo mínimo, familiar, de relaciones interindividuales, pero al fin un mundo. Unamuno—agrega—ha dado un paso hacia adelante en la comprensión de la vida humana «tal como es». Todavía será menester un paso más, para la inserción de la persona en un mundo también social y abierto hacia la trascendencia: es lo que nos da luego en «San Manuel Bueno, mártir». En ésta—dice en otro pasaje Mariás—Unamuno no se queda, simplemente, con la nuda personalidad, sino que la hace vivir. «La persona humana sólo existe viviendo; pero la vida puede estar perdida entre las cosas, en el mundo, y entonces es trivial, inauténtica, impersonal y no humana. Cuando la vida, en cambio, vuelve a sí misma, cuando se hace cuestión de sí, cuando vive desde su propio fondo, desde su radicalidad, entonces es una «vida personal», el hacer de una persona tal, en su mundo, en la circunstancia vital en que le ha tocado realizarse y ser temporalmente».

Mariás ha calado en toda su magnitud el horror que Unamuno sentía ante la trivialización de la vida, desde su dramática atalaya de la concepción agónica de la misma. Pero, como muy bien dice, el mortal escollo puede ser evitado por cualquiera, sin necesidad de vivir inmerso en hazañosas empresas. «El cuidado de la eternidad, de la vida perdurable, lo que ha llamado Unamuno el sentimiento trágico de la vida, nos vuelve a nosotros mismos, en nuestra vulgar vida coti-

diana, y la hace ser vida personal, la inmuniza frente a la trivialización». Pero Marías da un paso más en la precisión del sentido de la obra unamuniana, que no sabemos si habría sido compartido por el maestro, al agregar: «y no es menester como Unamuno deja imaginar, la duda, la angustia del querer vencer la incredulidad. La fe viva en la vida perdurable, por firme que sea, la inquieta expectación de la vida eterna— toda expectación es inquieta, y más tal vez cuanto más esperanzada . . . —basta para mantener al hombre afincado en su raíz, defendido de la trivialidad, y el vacío, dueño de su personalidad». «Por eso—añade Marías—el que reza cada día con el Credo: «*expecto resurrectionem mortuorum et vitam venturi saeculi*», con verdad, es decir, esperándolas efectivamente, no sólo diciendo que espera, se mantiene, cualquiera que sea el perfil externo de su existencia, en su personalidad. Para Dios los hombres son personas, y por eso para el cristiano que lo sabe, es también siempre personal la vida cotidiana».

He apuntado que no sabemos si Unamuno compartiría esta más profunda interpretación, porque no tuvimos el privilegio de mantener contacto constante con él—sino muy esporádico y poco cordial—en sus últimos años, que fueron los de la evolución tan aguda y profundamente estudiada por Marías. Como muy bien ha señalado—a nuestro juicio—esa evolución es un «regreso» más que un «progreso», a partir, sobre todo, de

la iniciación de la fase culminante y final, con «San Manuel Bueno, mártir». Al comenzar—«Paz en la guerra»—Unamuno se situó en la vida comunal cotidiana. Después, quiso emparejarse con Dios al crear los entes de ficción, con abstracción de su circunstancia (recuérdese la definición de Ortega: «yo soy yo y mi circunstancia» . . .). Por último, renunció al punto de vista de Dios «para atenerse a la visión que un hombre puede alcanzar de otro hombre, aunque este otro sea él mismo». Unamuno terminó, haciendo vivir a sus personajes, para mejor calar en la realidad humana; pero, al conformarse por completo a su propia doctrina amorosa del conocimiento humano, sin que—como es natural—pudiera resolver el enigma del conocimiento humano de la personalidad, porque el proceso es cortado para nosotros por la muerte, no sabemos si la reacción íntima de D. Miguel sería la consoladoramente cristiana de Julián Marías.

Desde luego, también lo ignora él, pues en otro pasaje de esta interesantísima obra, al terminar el análisis de su poesía, dice: «no puedo saber si Unamuno entró alguna vez en últimas cuentas consigo mismo; en sus escritos públicos no». Con todo, parece «radical» su «confianza en Dios, como garantizador de la inmortalidad, que le permite renunciar a «saber» y dedicarse a hacer ingeniosas construcciones mentales, ideológicas». Parece claro, en efecto, que D. Miguel—de una sinceridad

insobornable, en medio de su maravilloso pirueteo— sólo pudo escribir como escribió al sentir su yo sólidamente apoyado—en posición vital y no intelectual—en el Tú de Dios.

